

Lillian Clarke

“HEBRAS... SOLO HEBRAS”



Ilustraciones de Guada Mujica Cerati

La griega del antro

Octubre, 2002

Cuando llegaba la noche y comenzaban a prenderse las mortecinas luces de la fonda, que apenas se veían a través de la niebla –la eterna niebla del río a esa hora-, empezaban a bajar de los barcos y barcazas del puerto, los hombrones ásperos, sucios, barbudos, algunos con sus pipas de tabaco maloliente, otro con cigarrillos armados a mano, o baratos cigarrillos negros; otros solo con su olor a sudor y alcohol.

Pero nadie –noche tras noche– podría perder el baile de la griega, esa bella, exótica rubia, que al ritmo de la música de un cascado fonógrafo bailaba la danza de los siete velos. Noche tras noche repetía la misma coreografía; sin embargo, cada vez le imprimía algo distinto, casi mágico, a esa sensual tarea de quitarse uno a uno los velos de colores y quedarse prácticamente desnuda ante la mirada turbia y los aullidos de los marineros. Esos hombres nunca se aburrían de la griega, de sus ojos rasgados, azules, casi transparentes y esas largas trenzas rubias, de sus carnes blancas, turgentes.

Teo era griego como ella; había venido en el mismo barco cinco años atrás, cuando Alike junto con varias mujeres más habían sido traídas por el turco Salem, para explotarlas con la prostitución barata. Eran de la misma aldea, a orillas del Egeo, y habían sido compañeros en la escuela primaria. Vivía muy cerca de la casa de Alike y conocía muy bien su historia. Huérfana de madre desde muy pequeña, vivía con su padre, un marinero burdo que se ocupaba poco de ella y que la obligaba a hacer tareas pesadas para una niña tan frágil. Más de una noche la ayudó a cargar con su padre, totalmente borracho, y llevarlo a su casa.

La niña fue creciendo y transformándose en una bellísima muchacha, ocupándose siempre de su padre, cada vez más violento y alcohólico, hasta que una noche, luego de una de sus tantas reyertas en el boliche, cayó muerto víctima de un infarto.

Muchas miradas codiciosas se posaron, entonces, sobre Alika. Tuvo ofertas de casamiento y de trabajo, pero Alika quería huir de ese lugar donde había sido tan infeliz. Y cayó bajo las seductoras promesas del turco Salem, que la llevaría a América, donde podría seguir estudiando, tener un buen empleo y prosperidad. No solamente nada de eso ocurrió, sino que pronto comprendió que había caído en las garras de un individuo perverso y corrupto, que la obligó a las mayores degradaciones.

Mientras, Teo, que nunca se había atrevido a confesarle su amor a Alika y que la había alertado sobre la personalidad de Salem –ella estaba tan fascinada por el individuo que no lo escuchó– decidió conchabarse como marinero en el barco donde viajaría la joven.

Y allí estaba esa noche, como todas las noches, mirando el espectáculo de Alika. Muchas veces había intentado acercarse a ella, pero era la amante preferida del turco y esa era una valla infranqueable, quizás mortal para Teo. Cuando alguna vez los ojos de Alika, al compás de la danza, se habían cruzado con los suyos, Teo sintió que en esa mirada triste, a ratos desesperada, le estaba pidiendo ayuda.

Una noche, al finalizar la función de Alika y cuando el clima de la fonda, entre el humo, el olor, el grito, las peleas de los marinos borrachos se había puesto insoportable, Teo se deslizó al patio de atrás del bar, en donde se alineaban algunas habitaciones que servían de prostíbulo. Y entonces, escuchó los gritos de Alika, que partían de una de las piezas; sin pensarlo dos veces, abrió la puerta de un empujón y se encontró con una escena terrible: el turco, con un látigo, castigaba cruelmente a la griega que, aún con sus ropas de baile, estaba enrollada en el piso cubriéndose la cabeza con los brazos, intentando vanamente protegerse.

A Teo esa visión le nubló la mente y el odio hacia el turco, que había ido acumulando desde tanto tiempo, estalló. Automáticamente, extrajo el puñal que siempre llevaba en la vaina de su cinturón y, sin darle tiempo de reacción a Salem, hundió la daga en su cuerpo una, dos, cuatro, diez veces, ante los gritos y desesperación de Alika, que intentaba detenerlo.

Cuando por fin reaccionó Teo, con los ojos desenchajados y el brazo temblando con el puñal aún sangrante en la mano, se abrazó fuertemente con la desesperada Aliká. Al darse vuelta, vieron en la puerta a dos mujeres, compañeras de Aliká, que los miraban asustadas. Nadie más en el patio; solo se escuchaba el griterío en el salón.

Después de unos segundos de vacilación, Teo tomó de la mano a Aliká, y con la aprobación de las muchachas del prostíbulo, se escaparon por los fondos del terreno y se perdieron en la noche.





Duelo en la ranchada

Abril, 2008

Aún estaba tibia la bombacha bataraza de los domingos que su mujer, Catalina, acababa de planchar. Jacinto Páez prendió la bragueta, calzó el cinto de cuero crudo, desabrochó el primer botón que le ajustaba de la camisa blanca, se colocó el chaleco sin manga de badana repujada, ladeó un poco hacia la derecha el chambergo negro, acomodó la presilla al cuello, se miró de arriba abajo en el envejecido espejo del ropero, tomó el último mate que le alcanzó su mujer, masculló algo sobre lo brillante que le había dejado las viejas botas y salió del rancho.

Catalina, en la puerta y chupando un mate, miró cómo ensillaba su alazán y se iba a galope levantando polvareda hacia el casco de la estancia del patrón. Entonces, le gritó: “¡A mí me viene a buscar la Rosa y el Orasmín en el sulky!”

Sin darse vuelta, Jacinto levantó ligeramente la mano derecha. Había comprendido. Catalina pateó a las gallinas, que querían meterse en la cocina:

–¡Fuera, hambrientas, ya les voy a dar!

Cerró la puerta, calentó el agua para seguir mateando.

–A lo menos, hoy será un domingo divertido –pensaba.

Le había gustado verlo al Jacinto bañarse y emperifollarse para el festejo... Últimamente lo veía cabizbajo, pensativo, hasta se había encorvado... y le esquivaba la mirada... Seguro que extrañaba a Arminda pero ella también ¿acaso no era la madre?... Y sin embargo seguía adelante...

–Los hombres son guapos para chairear, para dormir potros, pero flojos para el cariño...

Últimamente hablaba sola. Antes, aunque sea para retarla, estaba la Arminda. Se secó una lágrima del ojo izquierdo con la punta del delantal. Había soñado que la Arminda vendría ese domingo para la gran fiesta del pueblo. Sin que el Jacinto se enterara, ella le había hecho un lindo vestido con volados floreados lila y azul, como a la niña le gustaba.

Pero el Jacinto era duro. Y eso que ya habían pasado varios meses del maldito día en que descubrieron la preñez de Arminda.

Al recordar ese momento, Catalina tuvo que salir al patio. Automáticamente, agarró el tacho de maíz, desparramando el cereal entre las gallinas que la rodeaban cacareando y picoteando. Con el dorso de su mano áspera secó las lágrimas, mientras volvía y volvía a su mente “aquel” día, cuando Jacinto zamarreó a su hija para que le confesara quién era el que la había abusado... Pobrecita la Arminda, acurrucada en una silla, llorando y negándose a decirlo. Los ojos inyectados de sangre del Jacinto, saliendo con el rebenque en la mano, azuzando a su alazán que corría desbocado por campo traviesa.

Tampoco a ella la niña le confió nada. El padre le prohibió volver a la estancia donde ayudaba en la cocina.

Y luego, doña Nicolasa, la curandera, partera, huesera, para que eliminara la “desgracia”.

Después... Jacinto cargando la ropa de la niña y llevándola a vivir a la casa de la abuela, bien lejos de allí.

Catalina volvió a sentir ese peso insoportable, doloroso, en el pecho, como aquel día... La extrañaba, era su única hija y pronto cumpliría dieciséis años. Era buenita... Si hubiera tenido novio se lo hubiera contado. Todas las sospechas recaían sobre Agustín, el hijo tarambana de don Cabanillas, el patrón, aunque cuando el Jacinto lo encaró, lo negó y le dijo que él “no se metía con sirvientas... que averiguara en la peonada”... Pero Rosa, la cocinera, a quien ayudaba Arminda, le dio a entender que perseguía a la niña. Los demás peones negaron toda culpa en el hecho, pero alguno –con lógico temor– insinuó lo mismo que la mujer. El patrón se había enojado con Jacinto por esa sospecha sobre su hijo. Desde entonces las relaciones entre ellos se habían vuelto tirantes, pero no podía prescindir de Jacinto: era el mejor jinete y domador de la zona. Había amansado a los dos caballos árabes que montarían en la competición de carrera cuadrera de ese domingo, el patrón y su hijo.

Jacinto estaba vareando en el potrero a Centello, el montaraz potro que montaría Juan Cabanillas y a Luna, la altanera yegua blanca de Agustín, el hijo. Le brillaban los ojos de placer al contemplar la perfección de esas bestias que –atrapadas salvajes– él había logrado domesticar. Colocó a cada una las costosas monturas, los estribos, de arco de metal blanco y calce de suela repujada, tenían inscripto cada una en la frente –y en platalas iniciales de sus dueños: JC y AC, respectivamente.

Ya cerca de mediodía, montó Jacinto su alazán y cabestreando a los dos caballos, se dirigió hacia el único camino de tierra que conducía a La Ranchada, que ya estaba concurrido, con gente en sulkies, en auto, a caballo, a pie. Todos se saludaban y respetaban tratando de no levantar polvareda. Pero de pronto, se oyó el motor acelerado de un jeep, que venía a gran velocidad esquivando vehículos y gente; cuando se puso a la par de Jacinto, arreando los caballos, señaló uno de los cuatro jóvenes ocupantes con su índice al domador y le gritó:

–¡A ver, paisano, no me canses a mi yegua que tiene que ganar! ¡Ja... ja... ja...!

Y con un gesto burlón y las risotadas de los jóvenes, siguieron raudamente su camino.

A Jacinto se le achinaron los ojos y con un rictus de furia en los labios, masculló:

–¡Guacho, hijo de perra!

Había sido Agustín, el hijo del patrón.

La Ranchada vibraba. La música criolla por los parlantes, los puestos de ventas de empanadas, pasteles, locro, humita, una enorme parrilla en donde se cocinaba un asado con cuero y menudencias. Gran cantidad de gente pugnando por satisfacer su apetito.

En el club, al que habitualmente concurría la parte relevante de esa población, sobre todo estancieros, comerciantes, profesionales, se practicaban especialmente deportes con caballos: polo, pato, carreras, a veces yerras, aunque también se jugaba a las tabas, a las bochas y hasta –se decía– riña de gallos. Solo en el aniversario del pueblo, se abría a todo público.

El atractivo central de ese día era la carrera cuadrera, en la que competirían diez jinetes, previamente seleccionados por actuaciones anteriores. El que resultara ganador se llevaría un premio muy codiciado: un magnífico

caballo de carrera, al que se lo podía admirar en un potrero, especialmente cercado y galardonado para el evento.

Tres de la tarde. Los diez jinetes preparados en la pista de largada. Doscientos metros de ida y vuelta. Se iban eliminando de a uno de acuerdo al tiempo marcado. La gente gritaba y vivaba a sus preferidos y apostaban. Juan Cabanillas y Agustín, los más elegidos por los entendidos, dada la calidad de sus animales.

Poco a poco fueron eliminados ocho contendientes. Quedaron padre e hijo para la recta final. Se tomaron unos minutos de descanso para beber algo. Mientras, Jacinto le dio agua y pasto a los animales, los acarició, cepilló sus crines y cola, y revisó la montura y el cinchaje que la sujetaba.

Cuando sonó la campana de largada, salieron los dos jinetes al unísono, pero, en segundos, la yegua de Agustín aventajó al negro Centello y cuando se aproximaba al final de la primera recta, un percance inesperado: al caballo se le suelta la cincha de la montura, se bambolea todo el apero y alarmado el joven se aferra fuertemente de las riendas para no caer e instintivamente clava las espuelas en los ijares de la yegua, que se encabrita, levanta las patas posteriores y dada la velocidad de la marcha, arroja a Agustín por sobre su cabeza, quien cae al suelo aferrado a las riendas. El animal lo arrastra, lo pisa y sale disparado por el campo. Gran conmoción y griterío entre los concurrentes. El padre, que lo venía siguiendo, horrorizado se arroja del caballo, corre junto con otra gente a auxiliar a su hijo, exánime sobre un charco de sangre.

Final negro para una fiesta tan esperada. A pesar de los auxilios recibidos, Agustín muere.

Catalina no pudo encontrar a Jacinto entre ese revuelo de gente. Se volvió con su hermana y el marido en sulky. Aún le temblaban las manos y le castañeaban los dientes. No podía entender lo que había pasado y le repicaban esos comentarios que oyó: “¡Qué extraño! ¿Cómo pudo romperse la cincha?”

Esa noche no volvió el Jacinto y Catalina estuvo en vela hasta la madrugada, cuando por fin llegó.

Cuando ella iba a hablarle, él le hizo un gesto duro y solo dijo:

–Voy a dormir unas horas. Despertame a las once, que vamos a buscar a la Arminda.

Decisión animal

Noviembre, 1993

Había llovido toda la mañana y ahora el sol castigaba impiadoso, levantando un vaho húmedo, maloliente, pegajoso, en la hondonada, caldo ideal para millones de insectos rastreros y voladores.

Leonardo, después de haberse refrescado en un charco, se acostó boca arriba sobre la hierba húmeda dispuesto a dormirse una siesta. Pero los pensamientos le atormentaban la rubia y bella cabeza. Hoy debía llevarle el informe final a su abuelo; el tema era urticante y él sentía una mezcla de temor y angustia. Sabía de su severidad, de lo implacable de sus decisiones, pero también admiraba su sabiduría y su valentía.

Todos los años, al llegar esta época, se realizaba una asamblea para discutir el o los temas que más hubiesen preocupado a la población en ese período. Y este año, uno resaltó sobre todos: un notable aumento de la homosexualidad en muchas de las especies habitantes de la selva. Leonardo se preguntaba cómo tomaría el abuelo, rey del tribunal, semejante tema, él que en sus años jóvenes había sido el más aguerrido, el más valiente, el más macho de los leones, que tuvo varias hembras, pero que procreó hijos con la abuela Leocadia, aún viva y tan respetada como él.

Leonardo sabía de la distinción que le hacía el abuelo al nombrarlo su legendario representante; significaba que lo estaba señalando como su futuro reemplazante en el reinado de la selva. Menuda responsabilidad la suya.

Y en el atardecer del domingo se reunieron en la gran hondonada, los ancianos y delegados de cada especie. Allí estaban en una tensa armonía, depredadores y depredados; no se permitían hembras. Tigres, panteras,



hienas, chitas, monos; cerca, sus más preciados manjares: ciervos, gacelas, cebras, jabalíes; cerrando un semicírculo de guardianes del orden, varios elefantes que cada tanto levantaban su trompa y emitían su sonido amenazador; dos o tres canosos orangutanes, el gran viejo gorila y algunas jirafas que movían sus gráciles cuellos controlando desde la altura que nadie se saliese de su cauce. Dos buitres carroñeros observando desde lo alto de un árbol. Y por supuesto, los jóvenes leones, con Leonardo a la cabeza, bellísimos legionarios del rey, encargados de acompañar a los delegados de cada especie a deponer sus preocupaciones frente al tribunal presidido por el rey león, –Máximo Leo X–. Algo le llamó la atención a Leonardo: atrás y lánguidamente apoyada en un tronco, Leocadia, su abuela. Nunca una hembra había compartido el tribunal. ¿Estaría su abuelo cambiando o chocheando o sería un postres homenaje (se hablaba de la mala salud de la vieja leona) a quien había sido la máxima cazadora de su juventud, que había provisto la comida a esposo, a hijos, a nietos, a la manada?

Tembló la cautivante voz de Leonardo cuando leyó ante el tribunal, el tema a debatir: la homosexualidad en algunas especies. Movimientos nerviosos en la concurrencia y en el tribunal, excepto el rey Leo X, que solo clavó su mirada, ya algo vidriosa, en los ansiosos ojos de Leonardo, quien bajó la vista.

–Bien, escucho. ¿Pero qué es esto de la homosexualidad?

–Bueno... bueno... Su Majestad, se trata de... cuando a un macho, por ejemplo, no le atrae una hembra.

Rugido feroz del rey.

–¿Qué estás diciendo, imbécil? Si no le atrae una hembra es que está enfermo.

–No, no, esto ocurre estando fuerte y sano.

–Expílicate.

–No le atrae otra hembra, sino otro macho. (Leonardo se sentía desmayar)

Leo X se paró, miró a su mujer Leocadia, quien inclinó su cabeza y cerró los ojos, y paseándose por la cavidad de la roca que servía de anfiteatro, miró hacia las cientos de cabezas gachas del auditorio. Tomó estruendosamente agua que corría por la gruta y sentándose nuevamente:

–Que vayan pasando los testigos y expongan.

Y así, de a uno, de a dos, fueron contando sus preocupaciones, las pan-

teras, los tigres, las hienas, gacelas, cebras, monos, y hasta alguna jirafa y elefante de los que cuidaban el orden. Todos, igual argumento, estaban preocupados por la disminución de la natalidad y entre las causas posibles, descubrieron esta anormalidad: el amor, la atracción entre individuos del mismo sexo, incluido hembras entre sí, y lo más preocupante es que hablaban de sus propios hijos, nietos o vecinos.

Leo X, evidentemente, estaba impactado.

–Esta debe ser una de las calamidades del siglo XXI que estaban escritas. Pero bien, discutamos y veamos qué solución podemos encontrar –dijo.

–¡Matar a los anormales! –gritaron unos.

–¡Castrarlos! –gritaron otros.

–¡Echarlos de la selva! –los más pacíficos.

–¡Silencio! –tronó el rey– No se puede tomar resolución alguna si no escuchamos a los acusados. ¡Tráiganlos! ¡Quiero verlos y oírlos!

Revuelo y griterío nervioso.

Los primeros son dos sinuosas, bellísimas panteras machos, de ojos ámbar, de lustroso pelo negro. Su caminar provocó risas burlonas en los presentes; se menaban más de lo común y tenían una delicada forma de torcer su cabeza.

Leo X clavó largo rato su mirada en ellos. Luego dijo:

–¿Es verdad lo que se dice de ustedes?

–¿Qué se dice de nosotros, Majestad?

–¡Que no son normales, caramba!

–Majestad, somos sanos, cazamos, damos de comer a la manada, tenemos siempre afiladas nuestras garras y colmillos, atacamos a la especie hombre cuando intentan cazarnos y...

–Eso está bien, pero lo otro... ¿Cómo es que no buscan una hembra para procrear? También es su deber perpetuar la especie.

Silencio en las panteras, que se miraron entre sí y se rozaron las cabezas dulcemente, ante la mirada fija y terrible de Leo X.

–Majestad, nosotros creemos en el amor, cualquiera sea el sexo.

–¡Amor... amor! ¿Qué es esa novedad? Seguro han escuchado al estúpido depredador hombre, dicen que el mundo está cambiando pero ellos se multiplican y nosotros cada vez somos menos.

–Pero, Majestad, esa no es nuestra culpa.

Griterío en la platea.

El rey estaba furioso; el tema lo desestabilizaba, pero ordenó:

–Retírense y que pasen los siguientes.

Y así fueron pasando acusados de diferentes especies, con argumentos parecidos. La palabra “amor” era la síntesis. Cuando pasó el último, Leo X ordenó a sus legionarios que recogieran los votos de los delegados presentes. Solo dos decisiones: culpables o inocentes. La mayoría los declaró culpables.

El rey se perdió entre la espesura. Al cabo de algunas horas, volvió con la decisión final:

–Señores, adhiero a la decisión de la mayoría. Los homosexuales son los culpables de violar un imperativo ancestral de la naturaleza: reproducirse. Por lo tanto, los condeno a muerte.

Alaridos, aplausos, gemidos. Los buitres batían sus alas, regodeándose de antemano con el succulento y variado menú que les saciaría el hambre por varias semanas.

–Señores legionarios, busquen a todos los culpables y que hagan fila frente al tribunal.

Peleas, gritos, peleas, pero los condenados nada pudieron hacer contra tanta fuerza, y se fueron formando en el medio de la hondonada, entre los escupitajos, abucheos, insultos de los presentes.

Pero cuando Máximo Leo iba repasando los rostros de los animales acusados a muerte, observó horrorizado que su nieto adorado, Leonardo, junto a otros jóvenes leones, con los ojos bajos pero el porte altivo, integraba la fila de los homosexuales.

El alarido de Leo X retumbó en la selva y dicen que, a pesar de los años transcurridos después de su muerte, el viento de la hondonada repite aquel grito como un largo eco lastimero.